

§ XIX.

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo, es menester que esté adornada de muchas perfecciones.

Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subsiste sobre todas (1).

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por riquezas habemos de entender no sólo los bienes de la hacienda, sino tambien los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demas que pertenece á lo perfecto desta virtud, ó por decirlo más brevemente, riquezas aquí se toman por esta virtud conyugal puesta en su punto. Y dice Salomon que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas ella es la más buena, lo cual dice ó escribe Salomon que lo dirán conforme á la costumbre de los que loan, en la cual es ordinario lo que es loado ponerlo fuera de toda comparacion, y más quando en los que alaban se ayunta á la razón la aficion. Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género tiene aquesto, que si lo miramos con atencion, hinche así la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. O digamos de otra

(1) Vers. 29.

manera, y es que no se hace la comparacion con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular que fué tal como aquí se dice, sino el dechado y como la idea comun que comprehende todo este bien; y no es una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, es la misma perfeccion; y así, no se compara con otra perfeccion de su género, porque no hay otra y en ella está toda, sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otro que no es ella ni es virtud; como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece. Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabaes y perfectas en su oficio, y quien no atendiere bien, creará que lo son, y á la verdad no atinan con él; y esto por diferentes maneras; porque unas, si son caseras, son avarientas; otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demas se descuidan; unas crian los hijos y no curan de los criados; otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo

de su perfeccion, que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen de ella, porque no es cosa que se vende por partes. Y aún hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razon, sino por inclinacion ó por antojo; y así, son movedizas, y no conservan siempre un tenor ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demas, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raíz, y no nace ni mana sino es de una fuente, que es la que se declara en lo que se sigue.

§ XX.

De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia y aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios.

Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de loor (1).

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma, las cuales todas se comprehenden en la Escritura debajo desto que llamamos temer á Dios. Mas aunque

(1) Vers. 30.

este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestion lo que de la belleza corporal dice aquí el Sabio, cuando dice que es vana y que es burlería; porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquello á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquello que deben buscar y escoger los maridos que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó sea una mujer es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad ni de que se puede poner ley ni mandamiento á las buenas mujeres. Mas como la hermosura consista en dos cosas, la una que llamamos buena proporcion de figuras, y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo limpio no hay nada hermoso, aunque es verdad que ninguna, si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve en que muchas lo procuran y en que ninguna dellas sale con ello; pero lo que toca al aseo y limpieza, negocio es que la mayor parte dél está puesta en su cuidado y voluntad; y negocio de cualidad, que aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto della, ó indicio grande de la limpieza y buen concierto que hay en el

alma, el cuerpo limpio y bien aseado; porque, así como la luz encerrada en la linterna la esclarece y traspasa, y se descubre por ella, así el alma clara y con virtud resplandeciente, por razon de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar intimamente unida con él, le esclarece á él, y le figura y compone cuanto es posible de su misma composicion y figura; así que, si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado y limpio y aseado, á lo ménos es cuidado necesario en la mujer para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envíe en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer á su lado siempre en la mesa, donde se asienta para tomar gusto, y en la cama, que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin atapar las narices? O ¿cómo será posible que se allegue el corazon á lo que naturalmente aborrece y de que rehuye el sentido? Serále sin duda un perpétuo y duro freno al marido el deseo de su mujer, que todas las veces que inclinare ó quisiere inclinar á ella su ánimo, le irá deteniendo y apartará y como torcerá á otra parte. Y no será esto solamente cuando la viere, sino

todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente y la limpieza della olerá á la mujer, á cuyo cargo está su aliño y limpieza, y cuanto ella fuere aseada ó desaseada, tanto así la casa como la mesa y el lecho tendrá de su cicio ó de limpio. Así que, desto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea como las demas partes dello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color y figuras, ni está en la mano de la mujer tenerla, y así no pertenece á aquesta virtud, ni por ventura conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en belleza; porque, aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son hermosas. Bien dijo acerca de esto el poeta Simónides (1):

Es bella cosa al ver la hembra hermosa.
Bella para los otros; que al marido
Costoso daño es y desventura.

Porque lo que muchos desean hase de guardar de muchos, y así corre mayor pe-

(1) Apud Stobaeum, serm. LXXIII.

ligro, y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una dellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía, que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado, y que buscando el hombre mujer para descuidar de su casa, la tome tal, que le atormente con recelo todas las horas que no estuviere en ella. Y no sólo esta belleza es peligrosa porque atrae á sí y enciende en su codicia los corazones de los que la miran, sino tambien porque despierta á las que la tienen á que gusten de ser codiciadas; porque, si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen no querrán vivir escondidas; demas de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razon el desear que nos sean preciadas y estimadas, y es señal que es una preciada cuando muchos la desean y aman; y así, las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Así que, quien busca mujer hermosa camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que no se con-

siente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo afuera y se les pone á los ladrones delante los ojos, y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto solo hace que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor; porque en la mujer semejante la ocasion que hay para no ser buena, por ser codiciada de muchos, esa mesma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algun tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres; más ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor, cuán presto se acaba, con cuán ligeras ocasiones se marchita, á qué peligros está sujeta, y los censos que paga? « Toda la carne es heno, dice el Profeta (1), y toda la gloria della, que es su hermosura toda, y su resplandor como flor de heno. » Pues bueno es que por el gusto de los ojos ligero y de una hora quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado en que ha de perseverar cuanto le perseverare la vida, y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y

(1) Isaías, cap. 41, v. 6.

si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará; de manera que, aunque le pese algun dia, y muchos dias conozca sin provecho y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aqui dice deste su perfecto dechado de mujeres el Espiritu Santo: «Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada.» Porque se ha de entender que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raíz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que sólo puede hacer y hacer que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda, nunca llega al colmo, y por bueno que parece, se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, segun el estilo de la Escritura Sagrada, no sólo el afecto del tener, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que, en una palabra, llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raíz Salomon á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postero; que ántes, como decimos, el principio de todo este bien es ella; sino lo uno, porque temer á Dios y guardar con cuidado su ley, no es más propio de la casada que de todos los hombres. A todos nos conviene

meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y aficion; porque sin él ninguno puede cumplir ni con las obligaciones generales de cristiano ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, dicelo al fin por dejarlo más firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios no solamente lo ha de tener por primero, sino tambien por postero; quiero decir, que comience y demedie y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios y en Dios y por Dios; y que haga lo que conviene, no sólo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente por agradar á Dios, que se las da. Por manera, que el blanco adonde ha de mirar en cuanto hace, ha de ser Dios, así para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él; porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno, y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es cierto, que una empresa tan grande y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones como es satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo ni áun medianamente sin que Dios proveyese de abundante favor. Y así, el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no sola-

mente porque le es mandado, sino tambien porque le es necesario; porque las que por aquí no van siempre, se pierden, y demas de ser mal cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada dia. Unas se esfuerzan por temor del marido, y así, no hacen bien más de lo que ha de ver y entender. Otras, que trabajan porque le aman y quieren agradar, en entibiándose el amor, desamparan el trabajo. A las que mueve la codicia no son caseras, sino escasas, y demas de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes de las que pertenecen á su oficio, y así, por una muestra de bien no tienen ninguno. Otras que se inclinan por honra y que aman el parecer buenas, por ser honradas cumplen con lo que parece, y no con lo que es, y ninguna dellas consiguen lo que pretenden ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los dias mudan los intentos y pareceres, porque caminan ó sin guía ó con mala guía, y así, aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al reves, las que se ayudan de Dios y enderezan sus obras y trabajos á Dios cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo, y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con su gusto y deleite, porque Dios persevera;

y son siempre unas, porque el que las alienta es él mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guía; y crecen en el camino y van pasando adelante, y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud; y finalmente, ellas son las que consiguen el precio y el premio; porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven; y el premio es el que Salomon, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue.

§ XXI.

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aun en este mundo.

Dadle del fruto de sus manos, y lóenla en las plazas sus obras (1).

Los frutos de la virtud, quiénes y cuáles sean, san Pablo los pone en la epístola que escribió á los gálatas, diciendo (2): • Los frutos del Espíritu Santo son amor y gozo, y paz y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera y mansedumbre, y fe y modestia, y templanza y limpieza. • Y

(1) Vers. 31.

(2) Cap. 5, v. 22, 23.

á esta rica compañía de bienes, que ella por sí sola parecia bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere y manda que se den á la buena mujer, y los que llama fruto de sus manos, esto es, de sus obras della. Porque aunque todo es don suyo, y el bien obrar y el galardón de la buena obra; pero, por su infinita bondad, quiere que porque le obedecemos y nos rendimos á su movimiento, se llame y sea fruto de nuestras manos é industria lo que principalmente es dón de su liberalidad y largueza. Vean pues ahora las mujeres cuán buenas manos tienen las buenas, cuán ricas son las labores que hacen y de cuán grande provecho. Y no sólo sacan provecho dellos, sino honra tambien, aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo, la honra es una singular alabanza en la tierra. Y así añade: «Y lóenla en las plazas sus obras.» Porque mandar Dios que la loen, es hacer cierto que la alabarán; porque lo que él dice se hace, y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice: «En las plazas»; porque no sólo en secreto y en particular, sino tambien en público y en general sonarán sus loores, como á la letra acontece.

Porque aunque todo aquello en que resplandece algun bien es mirado y preciado, pero ningun bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfaccion, como una mujer perfecta, ni hay otra cosa en que ni con tanta alegría ni con tan encarecidas palabras abran los hombres las bocas, ó cuando tratan consigo á solas, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas en público. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discrecion, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta. Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejor de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico; no olvidan sus limosnas, repiten cómo amó y ganó á su marido; encarecen la crianza de los hijos, el buen tratamiento de sus criados; sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban. Dicen que fué santa para con Dios y bienaventurada para con su marido; bendicen por ella á su casa y ensalzan á su parentela, y áun á los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos; y como á la Santa Judit (1), la nombran gloria de su linaje y corona de

(1) Judith, cap. 15, v. 10.

todo su pueblo; y por mucho que digan, hallan siempre más que decir. Los vecinos dicen esto á los ajenos, y los padres dan con ella doctrina á sus hijos, y de los hijos pasa á los nietos, y extiéndese la fama por todas partes creciendo, y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras, y no le hacen injuria los años ni con el tiempo envejece, ántes con los dias florece más, porque tiene su raíz junto á las aguas, y así no es posible que descaezca, ni ménos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo, ni en manera alguna es posible que muera el loor de la que todo cuanto vivió no fué sino una perpétua alabanza de la bondad y grandeza de Dios, á quien sólo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Amén.

FIN DE LA PERFECTA CASADA.

ÍNDICE.

	Págs.
INTRODUCCION.—En que se habla de las leyes y condiciones del estado del matrimonio, y de la estrecha obligacion que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento de ellas.	5
§ I.—Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.	23
§ II.—Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurar ser la que es casada.	25
§ III.—Qué confianza ha de engendrar la buena mujer en el pecho del marido, y de cómo pertenece al oficio de la casada la guarda de la hacienda, que consiste en que no sea gastadora.	32
§ IV.—De la obligacion que tienen los casados de amarse y descansar en los trabajos mutuamente.	46
§ V.—Por qué se vale el Espíritu Santo de la mujer de un labrador para dechado de las perfectas casadas; y cómo todas ellas, por más ricas y nobles que sean, deben trabajar y ser hacendosas.	53
§ VI.—Declárase qué es ser mujer casera, y del modo que debe acrecentar la hacienda.	65
§ VII.—Pondérase la obligacion de madrugarse en las casadas, é se persuade á ello con una hermosa descripcion de las delicias que suele traer consigo la mañana. Avísase tambien que el levantar-	

se temprano de la cama ha de ser para arreglar á los criados y proveer á la familia. 68

§ VIII.— La perfecta casada no sólo ha de cuidar de abastecer su casa y conservar lo que el marido adquiere, sino que ha de adelantar tambien la hacienda. 79

§ IX.— Cuánto debe evitar la mujer buena el ocio, y de los vicios y malas resultas que de él nacen. 81

§ X.— Ha de ser la perfecta casada piadosa con los pobres y necesitados; pero debe ir con cuidado en ver á quien admite en casa y favorece. 87

§ XI.— Del buen trato y apacible condicion con que se deben portar las señoras con sus sirvientas y criadas. 95

§ XII.— De cómo el traje y manera de vestir de la perfecta casada ha de ser conforme á lo que pide la honestidad y la razon. Alcése el uso de los afeites, y condénanse las galas y atavíos, no sólo con razones, tomadas de la misma naturaleza de las cosas, sino tambien con dichos y sentencias de los padres de la Iglesia y autoridades de la Sagrada Escritura. 99

§ XIII.— La buena mujer ha de ser dicha, gloria, feliz suerte y bendicion de su marido. 145

§ XIV.— La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino áun á lo que sobra. 147

§ XV.— De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condicion y trato. 148

§ XVI.— Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condicton suave. 150

§ XVII.— No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro y se han de acostumbrar á estarse en casa. 157

§ XVIII.— De cómo pertenece al oficio de la perfec-

ta casada hacer bueno al marido, y de la obligacion que tiene la que es madre de criar por sí á los hijos. 162

§ XIX.— Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo es menester que esté adornada de muchas perfecciones. 174

§ XX.— De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia y aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios. 176

§ XXI.— Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino áun en este mundo. 185

PC
.L
A2
18